

## 2. EL HUMANISTA INTEGRAL: ESPECIE EN VÍA DE EXTINCIÓN.

Con frecuencia desoladora suele uno encontrarse con profesionales, algunos de ellos prestigiosos médicos o abogados, con tecnólogos altamente calificados en su respectiva especialidad, con profesores universitarios o de la enseñanza secundaria las más de las veces disertos en alguna de las variadas disciplinas de la academia, en fin, con personas a quienes hemos dado en llamar cultas, con un increíble desconocimiento y despreocupación --cuando no desdén-- hacia, por ejemplo, dos de las revelaciones más decisivas de la cultura humana: la filosofía y el arte.

Escaso es el médico que, además de anorexias o metástasis, puede decirnos algo sobre Guayasamín, Villalobos o Aristóteles; contado el abogado que, fuera de casación de la ley, procedimiento penal o recurso del hábeas corpus, puede ofrecernos alguna cosa sobre Tolstoi, Velásquez o Leibniz. En fin, son pocos los ingenieros, sociólogos, psicólogos, economistas y profesores capaces de moverse con alguna solvencia en un campo del conocimiento diferente del de su propia especialidad.

A su vez, el llamado humanista suele lucir una ignorancia rayana en la candidez cuando de materia científica se trata. Excepcionales son los literatos, filósofos y artistas con una consistente fundamentación físico-matemática e histórico-social de su universo cognoscitivo y vital.

El problema es aún más grave: en disciplinas tan afines como lo son, por ejemplo, la lingüística y la literatura, no es raro encontrarse al especialista de la una que ignora casi por completo la otra. *"No me interesan las novelitas..."*, me decía alguna vez un lingüista circunspecto. *"Lo único que leo es lo mío, lo de mi especialidad: dialectología"*. Lo preocupante y sintomático del asunto es que la novelita en cuestión era nada menos que *Guerra y Paz*. Conocí hace algunos años en los Estados Unidos a un médico cuyo asombroso conocimiento y dominio de la Dermatología, lo habilitaba para reconocerse orgullosamente ignorante acerca del funcionamiento de las demás partes del cuerpo. *"Dejémosle esas cosas al médico general, al de provincia"*, me decía ahuecando la voz. *"Pregúntenme lo que quieran sobre la piel y le doy cartilla a cualquiera"*. Está bien que sepa cuanto se le ocurra acerca de esa importante especialización de la medicina, pero resultaría imperdonable que dejara morir a un paciente asfixiado por no saber cómo aplicar los primeros auxilios.

Hemos establecido una zanja infranqueable entre las ciencias y las humanidades, y lo que es más deprimente, entre áreas de una misma ciencia. Hemos hecho de la especialización un reducto hermético e inexpugnable, a donde nadie, salvo los propios catecúmenos, pueden acceder. Hemos llegado a asumir una extraña actitud de culta altanería frente a las áreas del saber o del quehacer que no son de nuestro especializado dominio. Hemos organizado desde nuestra reducidísima y exclusiva visión del mundo un feudo cognoscitivo, parapetados en el cual pretendemos avasallar a los demás con la prédica excluyente y dogmática de nuestra particular verdad.

Tal puede ser el caso del genetista cuando mira con desprecio al literato y lo acusa de perder el tiempo en lo que él considera futilidades. O el del literato cuando, adornado con el aura de genialidad que le proporciona la sensación de codearse con Homero, Cervantes o Balzac, lanza anatemas contra el químico, el lingüista o el profesor de educación física, a quienes considera indignos de su elevada estatura intelectual. También puede comportarse así el filósofo si desde el trono de su sapiencia aquilina se autocorona *pontifex maximus* de los vastos y laberínticos dominios de la verdad.

Este estado de insularidad cognoscitiva, que también es vital, es enfermedad propia del especialista y, como ya se ha dicho tantas veces, un mal de nuestro tiempo. Tal fenómeno debe entenderse fundamentalmente como secuela directa de la tendencia contemporánea a la superespecialización en áreas cada vez más restringidas del conocimiento. Junto con los beneficios innegables que ésta nos ha traído en términos de profundidad y exhaustividad relativa del conocimiento en un campo muy bien delimitado de la realidad, y como consecuencia de su incidencia en las distintas maneras de abordar el problema del conocimiento en el proceso de la enseñanza y el aprendizaje, ha afectado de manera inequívoca y negativa la visión que del mundo y del hombre tenemos desde los bancos de la escuela. Al atomizarnos en ínsulas sin ninguna relación entre sí la visión esencialmente una del universo y del hombre, ínsulas que llamamos física, matemáticas, biología, historia, química, filosofía, estética, el maestro de cada una de ellas nos enseña a ser insolidarios e irrespetuosos con los demás.

Qué hermoso fuera mostrar la matemática de Euclides en relación estrecha con las preocupaciones filosóficas más lacerantes de los griegos de aquella época. Pero el maestro de matemáticas cree que la filosofía es pura carreta, que él como matemático vale más que otro cualquiera, y los de historia griega o filosofía ignoran la fundamentación matemática de Euclides.

Qué emocionante fuera que el profesor de filosofía mostrara la íntima relación entre las matemáticas y la *res extensa* cartesiana a través de la lente reveladora de la geometría analítica, de la que es uno de sus gestores el gran filósofo y matemático francés.

¿Qué estudiante de literatura no se apasionaría ante la revelación de que esa madeja imposible del erasmismo que le enseñaron a odiar porque nunca la entendió en clase de filosofía, está viviente y maravillosamente desenredada en la lectura sabrosa del *Lazarillo de Tormes*? ¿O la de que los procedimientos estéticos utilizados por Cervantes en la descripción barroca de la Cueva de Montesinos, son esencialmente los mismos de los que echó mano El Greco en su pintura manierista o Juan Sebastián Bach en algunas de sus partitas?

Un culto profesor de cálculo diferencial, al explicar la aplicación de este a la geometría del espacio, debe estar en capacidad de mostrar junto con la de la velocidad y aceleración del punto durante el movimiento curvilíneo, las enormes implicaciones filosóficas, científicas y tecnológicas de este nuevo lenguaje matemático que arranca con Leibniz y culmina con el portento inverosímil de un hombre pisando la luna.

¿Habrás preguntado alguna vez el maestro de cálculo a sus, con frecuencia, despistados y soñolientos alumnos, si ellos considerarían posible semejante hazaña sin la ayuda de este instrumento de alta precisión, descubierto y desarrollado en gran medida por el genial filósofo alemán?

Al respecto anotaba el inolvidable profesor Bein, rector que fue del Gimnasio Moderno y uno de los pocos hombres de cultura universal que he conocido en vida, cómo para hacer llegar un cosmonauta desde la tierra hasta la luna, habida cuenta de la distancia y demás variables físico-matemáticas, se requería una puntería similar o igual a la que necesitaría un cazador apostado con su escopeta en Londres para pegarle en el ojo a un pato que estuviera en Nueva York. ¿No es este en sí un portento de precisión? Sin embargo, tal maravilla de cálculo ha dejado ya de asombrarnos a fuerza de verla proyectada rutinariamente en la televisión o en los afiches comerciales que pretenden vendernos las bondades de un desodorante utilizando a mansalva la imagen del astronauta.

El embotamiento de nuestra sensibilidad y de nuestra capacidad de asombro a manos de la rutina y de la sociedad de consumo, puede y debe ser eliminado por un maestro humanista de física, de cálculo, de biología, de literatura o de ciencias sociales, para devolvernos nuestro estado primigenio, lo que siempre debimos ser, esto es, esencial y perpetuamente niños, capaces de sentir asombro para percibir en sus reales proporciones un evento como ese, o cualquiera otro que nos ofrezca la realidad del mundo siempre misteriosa, cambiante y llena de sorpresas.

No en vano pone Platón el asombro como fuente de todo conocimiento. Al asombro sigue el entusiasmo y al entusiasmo la decisión de aprender vitalmente, con el intelecto y con el corazón. En esto, piensa Ernesto Sábato, radica la esencial diferencia entre la cultura libresca y la educación humanística. ¿Para qué torturar de manera inmisericorde a los estudiantes del bachillerato con una exposición árida y soporífera acerca de las consonantes sibilantes, vibrantes u oclusivas, cuando pueden conocerlas o analizarlas en la lectura siempre perturbadora del *Nocturno III* de José Asunción Silva?

¿O no será posible, en lugar de tediosos y abstractos garabatos de tablero, explicar en física acústica la longitud y frecuencia de onda, mediante la vibración melodiosa y sensual de las cuerdas de una guitarra? Una vez vivida la experiencia, entonces sí que vengan las fórmulas y las abstracciones. Un maestro que enseñe así, educa además en la solidaridad, pues hace comprender a sus alumnos que el músico es hermano del físico, el filósofo del matemático y el literato del historiador.

Esta es, según Sábato, la forma como suelen enseñar los grandes maestros, la que implica, entre otras cosas y más frecuentemente de lo que se cree, la violación de los programas y el atrevimiento de tirar el estrecho libro de texto cuando éste hace estorbo. Son ellos educadores a la manera de Sócrates, vivificadores del hombre, formadores -- no instructores-- de seres humanos libres, sensibles, solidarios y audaces, capaces de construir una patria nueva, grande y autónoma. Entienden, pues, el conocimiento como

un parto doloroso, sí, pero estupendo y prometedor en el que ellos, los maestros, ayudan como parteros.

No pretendo, por supuesto, constituirme desde aquí en enemigo declarado de la especialización, sobre todo si está bien orientada, ni en el panegirista de un enciclopedismo utópico y estéril, en virtud del cual quien lo padece, cree saberlo todo sin saber de nada. De ninguna manera. Tan sólo quiero decir NO, cuantas veces sean necesarias a esa especie de autómata repetidor de datos inconexos y perdidos en los meandros de una memoria que ha reñido desde hace tiempos con la inteligencia y con la vida, para ayudar a rescatar también desde aquí, la posibilidad de volver a tener, un poco a la manera de los antiguos pero con las ventajas que nos da hoy la especialización, una visión del universo, del mundo y del hombre con un sentido de referencia coherente hacia la unidad esencial latente en todas las cosas, y capaz de ser percibida por quien ha desarrollado la facultad de ver abarcando, más allá del simple dato, y por encima de la frágil capa de solidez que nos proporciona el tremedal traicionero de la especialización puramente insular, la cual en lugar de convertirnos en dominadores de una porción de la realidad firmemente atada a los lazos sutiles de la vida, nos transforma en náufragos sin esperanza en el vasto mar de tempestades y maravillas donde se ha desarrollado desde tiempos sin memoria y se sigue desarrollando la apasionante aventura del hombre sobre la tierra.